



Doctor M. Candela,
Presidente del Ateneo Científico.
(Instantánea de A. García).

El doctor Candela

El doctor D. Manuel Candela es catedrático de la facultad de Medicina, presidente del Ateneo Científico, fundador y director del Instituto Ginecológico, único creado en España para la exclusiva práctica de tan importante especialidad.

Los desvelos del doctor Candela por su Instituto han sido coronados por el éxito, y en la última Exposición internacional de Higiene celebrada en Madrid fué premiado con medalla de oro.

En el mismo parque del Instituto están emplazados el pabellón residencia del director; el de actos literarios, dedicado á lecciones y conferencias (planta baja), y el Laboratorio, Museo y biblioteca (planta alta).

La capilla y habitaciones del capellán forman otro pabellón independiente. La administración de tan importante establecimiento está acertadamente sometida al cuidado de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana.

FERRANDO DE SANTA ANA

Es uno de los periodistas más populares de esta región el redactor de *La Correspondencia de Valencia* D. Fernando Ferrando de Santa Ana. Ingresó en dicho periódico, que fundó su tío, el inolvidable Marqués de Santa Ana en 1885. Hasta hoy, deducidos los años que perteneció á la redacción de *La Correspondencia de España*, ha hecho sus trabajos en el periódico á donde pertenece, cultivando los centros más principales, en donde por su modo de ser especial, se ha captado las simpatías y atenciones de cuantos le han tratado.

Ferrando de Santa Ana es el indispensable para cuando hay cóleras, inundaciones, peregrinaciones ó catástrofes de cualquier índole, para salir inmediatamente, y sus primeras informaciones, que transmite muchas veces por medios no imaginables, son las que se leen con afán en Valencia. El lector en estos casos busca inmediatamente en la sección

de última hora de *La Correspondencia* la firma de Ferrando Santa Ana. Diferentes veces en el cólera del 89-90, y en épocas de inundaciones, se ha apartado de su misión periodística y ha acudido en socorro de sus semejantes que necesitaban auxilio.

Posee por estos actos de abnegación varias condecoraciones, siendo las dos últimas la medalla de oro y conmemorativa de la Asamblea general de la Cruz Roja por sus servicios en la recepción de heridos de las últimas campañas ultramarinas.

Es revisero taurino y firma sus trabajos, que abren cátedra entre los aficionados, con el pseudónimo de *El primer reserva*.

Santa Ana es sencillo en su trato tanto social como particular, y se desvive por practicar el bien, y finalmente, puede decirse que es uno de los mejores periodistas de información, no sólo de Valencia, sino de España.

ORAW RAFF.

INSTITUTO GINECOLÓGICO DEL DOCTOR CANDELA



Patio de entrada.



Vestíbulo de entrada.

Al notabilísimo poeta D. Teodoro Llorante

RAPIDA

(EN LAS FIESTAS DE ALCOY)

Masereta, masereta,
 qu'á les festes d'Alcoy vens
 igual qu'una coca boba
 de tóva, ó en cara més,
 en uns ulls com dos espills
 y en un moño molt ben fet,
 y en dos roses en les galtes
 y en la boqueta un clavell;
 posada de aspardeñetes
 noves, blanques com la neu,
 y en un vestit de molt vuelo,
 y en un chupó molt astret,
 y en un mocador bordat,
 com sols vosatros sabeu
 posársel, ñigat darrere
 fet un ñuc, no del tot fet.
 Tin cuidado no t'ambobes
 mirant molt rato al castell,
 que ya moros en la costa
 armats iots hasta les dents.

No et distragues pegant voltes,
 ni mirant pasar la chen,
 ó mirant al capitá,
 ó al alferes, ó á Mosén
 Ramón Torregrosa; pensa
 que tots eixos son festers,
 y no déu una fadrina
 flarse de ningú, y mengs
 en estos dies de festa,
 en que están locos tots ells.
 No et fies de ningún moro,
 ni vaches á creuret' res
 de lo qu'et diga y et chure,
 aunque t'eu chure per Deu.
 non fases cas del maseros,
 dels sids ni dels somatens,
 y fuig dels contrabandistes,
 y dels estutians també;
 y si alguna tomasina,
 be nóva, ó be del ramell,
 et diu qu'et vol per promesa,
 y to diu baisant la veu,
 y que per tú está disposat
 á casarse dins poc temps,
 riuten de tot y no sigues
 bachoca, porque si el creus,
 es fásil que quant aplegue
 el día del casament
 et busque un capellá de eixos



Una grupa.

(Instantánea de Draw-Raff).

que van vestits de festers,
 y que el vi beuen, no en calis,
 sino en barral ó en picher.

Fuchli á la caballeria...

mira tú qu'els caballets
 son fogosos y es desboquen,
 y si caball y chinet

s'encabriten y et fan caure

de tós, en mich del carrer,

passarás el gran afronte

si ans no poses el remey.

Yo et dic totes estes coses

y no em calle, porque sé

qu'avoltes una caiguda

d'eixes sol costar la pell,

y no totes les que cahuen

s'alsen ya com mana Deu.

Conque si no tens en conte,

masereta, els meus consells,

yo no sé per qué'm figure

que lo qu'es al añ que ve

vinc per sert que no has de vindre,

si á les festes d'Alcoy vens,

en uns ulls com dos espills,

ni en un moño tan ben fet,

ni en dos roses en les galtes,

ni en la boqueta un clavell.

GONZALO CANTÓ.



VALENCIA.—La guardia municipal.

La mujer valenciana

Mucho quiero á Valencia;
 he gozado su clima, saborea-
 lo sus costumbres y habla-
 lo su lengua poética con
 Arolas y picaresca con Bal-
 loví. San Vicente Ferrer y el
 beato Gaspar Bono me pon-
 teran su fe religiosa; Cava-
 lilles el botánico, y los filó-
 sofos Antón Benter, Pérez
 Bayer, Luis Vives y Tomás
 Vicente Tosca, su sabiduría;
 los poetas Jaime Bertrán
 Antonio Bordazar, Guillén

de Castro y Ausias March, reviven en Teodoro Llorente y Vicente Wenceslao Querol, como reviven y se perpetúan Ribera y Juan de la Cruz, *Pantoja*, en Sala, Sorolla y la mágica dinastía de los Benlliure.

Pero ni el sol ardiente, ni las flores abundantísimas, ni los frutos de incomparable dulzura, ni la poesía del cielo, perpetuamente azul, ó del mar, perennemente tranquilo, tienen para mí ese atractivo de la postrera creación de Dios cuando quiso dar al hombre lo único que faltaba en el Paraíso. Más bondadoso con Valencia, creó las mujeres primero, y luego dispuso para ellas un Edén merecedor de albergarlas.

Y, por parecerse á ellas, fueron las palmeras esbeltas, rojo el granado, blanca la flor del almendro, alegres los pajarillos, los bancales frescos, castas las azucenas y enamoradas las tórtolas.

¡Mujeres valencianas, obra predilecta del Eterno Padre, que guardáis la sublime sencillez del alma cristiana en el perfumado vaso de vuestra gentileza moral... Yo no admiro tanto la Naturaleza que os rodea, como la suerte de contaros por reinas. Una como vosotras, llevó en su seno y enseñó á rezar á cada uno de los hijos predilectos de la tierra valenciana. Vosotras, las que llegáis ahora á la vida, embellecedla con vues-

Reinas de los juegos florales



Srta. D.ª Teresa Hernández y la Figuera.—Año 1899.



Sra. D.ª Francisca Berga Garcías de Boscó.—Año 1898.

tras virtudes como la hermoseeáis con vuestra presencia; que la mujer valenciana contribuya con sus cuidados y tierna solicitud á preparar para mañana, educándolos en el amor á la patria, á la ciencia y á la virtud, á los continuadores de las glorias del pueblo valenciano!...

MANUEL M.ª GUERRA.

Positivas y Negativas

Notas de la semana.—«Los Ayacuchos».—Telegramas y más telegramas.—¿Vale por Crónica?

Abro la cartera y la encuentro llena de notas de actualidad, que me dicen poco más ó menos lo siguiente:

Cambio de gobernador en Madrid.—¡Se fué Liniers!

Gravedad extrema de *Lagartijo*.—Reverte imposibilitado.—*Algabeño* enfermo.—¡Se van los toreros!

Va empezar el viaje de instrucción de S. M. el Rey.—Verbena del Carmen.—Fiestas en Chamberí.—Magníficas ferias en Valencia.—

El Rey pasea.—El Rey asiste á fiestas.—Comienzan las obras de un cuartel en Córdoba.—Se inaugura una nueva fábrica de

azúcar.—Se constituyen empresas mineras en Andalucía y en Asturias.—Va á abrirse al servicio una línea férrea.—La langosta arrasa los campos.—La lepra hace víctimas en Berlanga.

Leo rápidamente las notas recogidas durante la semana, y al disponerme á comentarlas, sueña un campanillazo y un dependiente de la casa editorial Pérez Galdós, me entrega un volumen que lleva en su cubierta los colores de nuestra bandera.

Abro el libro y comienzo á leer: *Los Ayacuchos*.

* *

Desde su página primera el libro de Galdós cautiva poderosamente mi atención. Entro de lleno en la vida palaciega, contemplo á Isabel—la futura soberana—y á su hermanita recibiendo las enseñanzas del orador Argüelles y del gran poeta Quintana; recojo la tan gallarda como sobria narración de la lucha en la escalera de Palacio; veo á León y á Pezuela atacar briosamente y veo á Dulce rechazar con bravura el ataque; cuatro párrafos, hondamente sentidos y magistralmente trazados, me informan de la heroica muerte del bizarro general León, y al evocar, por la magia del novelista, la figura del esforzado caudillo que grita á sus granaderos:—¡No tembléis... al corazón!...—siento una lágrima que pugna por asomar al borde de mis párpados.

Luego..., luego entra en la ordenanza de la redacción con varios telegramas: «Los boers han batido una vez más á los ingleses.» ¡Bravo por los bravos! «Los boxers han derrotado á las fuerzas internacionales.» ¡Mala pascua dé el cielo, y sea la primera que llegue, á los asesinos que vierten sangre de inocentes religiosos y de cristianos misioneros!

* *

Vuelvo á la lectura. Desfilan ante mí en pintoresco desfile toda la corte del Regente Espartero: todos los *Ayacuchos* de su camarilla. Entre los arrullos de Fernandito Calpena y de la mayorazga de Castro, oigo estampido de fusilería y rimbombos de cañones que proclaman el orden y el derecho. Son los catalanes, capitaneados por Juan Manuel Carsey, que se revuelven contra la autoridad de Van-Halem. Es Montjuich que ruga. Montjuich que «de día parece padre amante que á su hija amorosa contempla y de noche marido celoso que espía el sueño de su Desdémona».

Y tras brevísima presentación de Romea, de Posada Herrera, de Miguel de los Santos Alvarez y del jovencito Campoamor, escucho otra vez los gritos de los catalanes amotinados y leo frases que parecen escritas mirando antes al presente que al pasado. Frases que me complazco en reproducir: «El pueblo catalán es bravísimo si le hostilizan sin razón, fácil á la concordia si se logra herir la cuerda del sentimiento fraternal que en él existe, aunque está bastante honda. Es apacible en su casa, en el común trato sincero y rudo, buen amigo, mal enemigo, amante si le aman, fiero si le aborrecen...»

De nuevo interrumpo la lectura. Lluven telegramas: un salvaje en Mallorca, la desaparición de un loco, fracaso de un atentado anarquista, un crimen pasional, la celebración de unos juegos florales. ¡Un mundo de sangre y de alegría, de lágrimas y de carcajadas, en seis pedazos de papel azul!

* *

Prosigo leyendo *Los Ayacuchos*, y una hermosura de frase me hace soltar la pluma para aplaudir al insigne D. Benito. Calpena vuelve al hogar, donde su madre enferma le aguarda.

Su entrada en la casa fué «como el testarazo del ave ciega que, en su vuelo rápido, se estrella contra el muro». Repito la frase, y cada vez la encuentro más bella. Galdós, en su labor febril, hace primores. ¡Salud, maestro!

Y devoro páginas y más páginas; asisto á la agonía de Gracia, á la resurrección de nuestro antiguo conocido Santiago Ibero, al séptimo trabajo del simpático Hércules-Calpena y, al fin, balbuciendo «buene es lo que bien acaba», entiendo al ave de la dicha cantar la canción de la felicidad en cuatro nobles pechos, y concluyo la lectura y el libro, admirando con admiración sincera al Cid de la novela española.

—Toros buenos, caballos once, etc., dice un despacho telegráfico.

Bien mirado, con un poco de benevolencia por parte tuya, ¡oh amado lector!, ¿no podría esto pasar por una desaliñada Crónica?

M. R. BLANCO-BELMONTE.



Srta. D.ª Josefina Llorente y Falcó.—Año 1897.

DESDE EL MICALET

Me dirigí desde la calle de San Vicente, transformada en una ancha vía de gran ciudad, por la alegre plaza de Santa Catalina y la lujosa calle de Zaragoza, á la catedral. Eran las diez de la mañana, y á aquella hora, cerradas todas las ventanas y claraboyas de la metropolitana iglesia de San Pedro, invadían las sombras, dando austera majestad á los cáustros, triste y severa poesía á las imágenes de los altares, solemnidad á los cantos de los canónigos en el coro. La catedral estaba casi vacía y resonaban en la solitaria iglesia los pasos del *perrero*, que desempeñaba, desde muy temprano, los oficios de vigilancia y policía, por si hallaba abandonado algún recién nacido, algún fruto del amor, sobre el mármol de los obscurísimos altares, antesala de la Inclusa, torno de la Caridad, cuna de una incesante renovación de vida, que busca en las tinieblas del ara una consagración de la culpa, una benéfica complicidad de la pasión y acaso el perdón del delito en una inagotable misericordia.

Hacia mucho tiempo que yo no había subido á la torre del Miguelete, y casi resultaba una novedad para mí aquella ascensión. Iba con cuidado, mirando donde ponía el pie, cómo evitaba un resbalón en los gastados pedregales de la larga escalera del caracol de piedra, que arranca de las tenebrosas oscuridades de la catedral para ir poco á poco ascendiendo á una región de luz. Y se filtraba ésta por ventanas que, á modo de aspilleras, se abren en la pared de la torre, dejando ver las azoteas de las casas próximas. A medida que me apartaba de la iglesia, como disipado del temor de turbar su silencio, se oían por arriba voces y risas de los que sue en formar la constante caravana de ascensionistas. Con frecuencia tenía que pegarme al muro para dejar pasar á los que bajaban, que si eran parejas de enamorados, se desasían rápidamente para volver á en azarse en un abrazo á la revuelta de los escalones. Estas parejas, aleccionadas por una experiencia repetida, emplean para no ser sorprendidas en sus coloquios una táctica hábil, que consiste en descender la escalera cuando oyen pasos por abajo, y así el encuentro resulta natural y no sospechoso, ó en ascender por el caracol de piedra cuando las voces y los pasos se oyen por arriba, y así les da tiempo á prevenirse al choque de las miradas. Se les ha la casi siempre contando el número de los peldaños de la torre, y á veces transcurre una mañana entera sin acabar de contarlos.



VALENCIA.—“Er la huerta”, cuadro de costumbres de principios del siglo XIX.

(Notable instantánea de D. Antonio García.)

Ya estoy en el primer descanso, entre campanas enormes que llevan el nombre de santos y santas. Las que llevan estos últimos son las que más suenan, las más parlanchinas, con su voz de metal de timbre penetrante. Lanzadas al vuelo desde tal altura, parece que llaman á somatén á todos los habitantes del antiguo reino de Valencia. ¡Lo que han repicado, lo que han dicho en quejumbrosos tonos los días en que se congregaban bajo las naves de la catedral los regimientos que fueron á Cuba y Filipinas!

Prosigo subiendo. Ya estoy en la terraza de la torre, en lo alto del Miguelete. He entrado por una puertecita, bajando mucho la cabeza, y de pronto me ha cegado una claridad deslumbradora. El recio viento—es una mañana de Julio, y sopla el Levante—me azota la cara. El sol me da de plano. Al principio nada veía, atónito ante la visión esplendorosa. Surgía bajo mis pies la hermosa ciudad, las blancas azoteas, que parecen comunicarse unas á otras, tocarse por la estrechez de las callejas que rodean la catedral. Mas, poco á poco, el horizonte se ensancha y se descubre la capital entera, rodeada de una inmensa llanura verde que por el Este se pierde en la ondulante línea del mar azul, y por el Norte y el Oeste en las estribaciones de altos y oscuros montes.

Allí está Valencia, la ciudad de Bal, ó consagrada al sol, recordando, sin duda, por su nombre, la más antigua y primitiva y remotísima religión de los originarios de la pobla-

ción. Los romanos, que atribuyeron su ciudad á Rómulo y antes que ellos, los que le impusieron el nombre de Roma, como los que llamaron á nuestra ciudad Valencia, y hasta el mismo Juan Aníbal, que forjó un Rey de España (vigésimo de los fabulosos), llamado *Romo*, para atribuirle la fundación de esta ciudad, en el concepto de que Romo y Roma en griego es lo mismo que en latín *Valens* y *Valentia*, sabiéndolo unos é ignorándolos otros, todos han presentado al sol como progenitor de ambas ciudades.

Si, se comprende que en épocas primitivas creyeran que el sol, padre de la Naturaleza, engendrara esta ciudad privilegiada; que sus maravillas, sus increíbles bellezas, su asombrosa fecundidad, sus múltiples cosechas, que parecen compendiar toda la producción del planeta; su exuberante y riente vida, sólo son atribuibles al astro rey. Y el sol, en aquella mañana de Julio, que templaba sus rayos con la fresca brisa de Levante, iluminaba el imponente cuadro de una Naturaleza sin par, como en el primer día en que dió un beso de amor á la tierra de Valencia. El suelo, estremecido de placer, se cubría de todos los colores del iris.

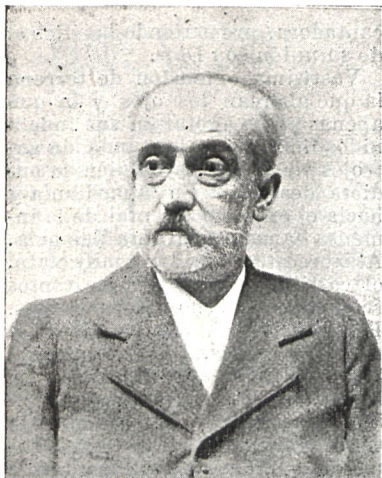
Asomado á la barandilla de la orre, desde donde tantos desgraciados pusieron fin á su vida, comprendíase la fascinación que en sus mentes enfermas produjera el vértigo de luz y de calor, no temiendo entrar en las tinieblas de la eternidad, sino en el gozoso paraíso de una vegetación en-

cantadora, prometiendo las dichas de su unión con Dios.

Vastísima extensión de terreno la que abarcan los ojos y la que apenas podía agotar en sus indefinidos límites con la ayuda de anteojos de campaña. ¡Quién lo pudiera describir! En la medianía y hacia el extremo oriental de la inmensa llanada se levanta Valencia. Al Noroeste se ve claro, muy claro, el castillo de Sagunto, de tantos recuerdos antiguos y modernos. Por bajo de él, adelantándose al mar, dos lomas, por los marinos llamadas las Tetes del Puig. De Norte á Sur se extiende una deslumbrante huerta, que comprende desde Murviedro y Puzol hasta Cartarroja y Silla, en la línea férrea que va á Madrid. De Oeste á Este una línea, no menos esplendente, que comprende desde los pueblos del partido de Liria hasta el mar Mediterráneo. Al Norte y Oeste corre una serie de altos cerros ó montes con algunas interrupciones, terminados hacia el Oriente por lomas también. Los montes del valle de Jénis, que son los más septentrionales, se unen con los de la Calderona y loma de Bétera. Siguen luego los de Villamarchante, Cheste y Chiva hacia el Oeste, que cierran el llano de Cuarte, y, por fin, corren hacia Turis, Montroy y Niñerola, dejando entre este arco y el mar cuanto riega el Turia.

Siguiendo la línea azul y plata del mar hacia el Sur, se ve éste interrumpido por una faja negra obscurísima, por un bosque de pinos. Después reaparece el agua, pero de un azul verdoso, en cuya superficie surge de trecho en trecho una verdadera manigua. Las blancas velas que se divisan al través de altísimas cañas, hacen el efecto de navegar por tierra. ¿Qué es todo aquello tan nuevo, tan sorprendente, tan maravillosamente hermoso? La faja negra, el bosque de pinos es la *Dehesa*, que separa el mar de un lago, de la *Albufera*. Es tierra cubierta de agua, que aún no se secó, á pesar de las ardientes caricias del sol que, durante siglos, intentó apagar su sed sin resutado. Y desde el mar, tocando la Albufera, prolongándose al Sudeste leguas y leguas de tierra de un color amarillento, la pródiga *marjal*, el suelo pantanoso que produce el arroz, que deseca el agua, que sana la atmósfera, que hace habitable la diatada ciénaga, que por el trabajo incomparable de estos labradores únicos, convierte en mina de oro los terrenos bajos de la inmensa y hermosísima *ribera*.

Y surcando toda la huerta de Valencia como hilos de perlas engarzados en su sedosa, espléndida, negra cabellera, las *acequias*, las ocho acequias principales, que luego se distribuyen en mil cascadas de agua: la de *Moncada*, la de *Tormos*, la de *Mestalla*, la de *Rascaña*,



D. Tomás Rico,
Presidente del Círculo del Comercio.

brieron de riquezas y bienes y educaron en el amor, en el hábito, en la pasión del trabajo, los expulsó un fanatismo religioso que jamás hallará perdón en la Historia.

Antes de abandonar la vista de la luminosa huerta contemplemos un momento la vasta red de ferrocarriles, de tranvías que cruzan aquélla. A más de las líneas generales de Madrid y Barcelona, la línea que va á Utiel y que debía llegar á la corte y capital de España por Cuenca en ocho horas; la línea que también puede conducir á Madrid rápidamente por Turis; la línea que une á esta provincia con la de Alicante por Gandía y Denia; la línea de Silla, que por Sollana y Sueca llega hasta Cullera, atravesando las ricas regiones del arroz; la línea que conduce á Bétera, trayendo á la capital los sabrosos caldos; la línea que desde Játiva parte á Alcoy; las líneas férreas y los tranvías de Liria, Torrente, Catarroja y Rafelbuñol, y otras y otras, que sería prolijo enumerar, que hacen de nuestra provincia un vasto y complicado aparato circulatorio, vehiculo de la civilización y del progreso. No todo eso se ve desde el Miguelete, pero sí mucho de ello, y la multitud de vías que se descubren de lo alto de la torre, hacen el efecto de grandes y pequeñas arterias, que conducen la sangre y la vida á su desagüe natural, al puerto de Valencia, que debía serlo de Madrid, del centro de España, de Cuenca y de Aragón.

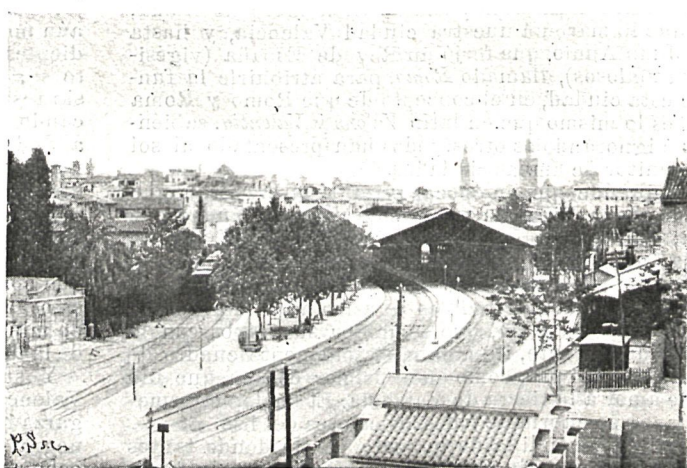
El interior de la ciudad no corresponde, por lastimosa desgracia, á la visión maravillosa é imponente de su huerta. Todavía está, á poca diferencia, como la dejó el mariscal Suchet, que cuando la invasión francesa hizo derribar multitud de casas viejísimas, buscando la ventilación y la orientación del ensanche, por donde debe hallarse, hacia el camino del Grao, hacia el mar. Aún falta mucho que hacer, la creación de la nueva ciudad del Cid. Y entonces sí, al subir al Miguelete y contemplar las anchas vías que conducirían la vida de la ciudad al mar, podríamos decir que no era un giro retórico, ni una frase de juegos florales, bautizar á Valencia por el arte y por la belleza con el nombre de moderna Atenas, por el Mediterráneo bañada.

LUIS MOROTE.

LIBRO RECIBIDO

Balance teatral de 1899 á 900, por José de Laca.—El inteligente y modesto escritor Núñez de Cela, ocultándose bajo el pseudónimo de *José de Laca*, ha impreso elegantemente, y puesto á la venta, un juicioso y ameno estudio acerca del movimiento teatral en Madrid, durante la última temporada. Ilustran el texto bonitos fotograbados de actores y de autores y prologa el libro D. Luis Soler y Casajuana que, en correcto artículo, hace la presentación del Sr. Laca.

Balance teatral merece ser leído. Se vende al precio de 2,50 pesetas ejemplar.



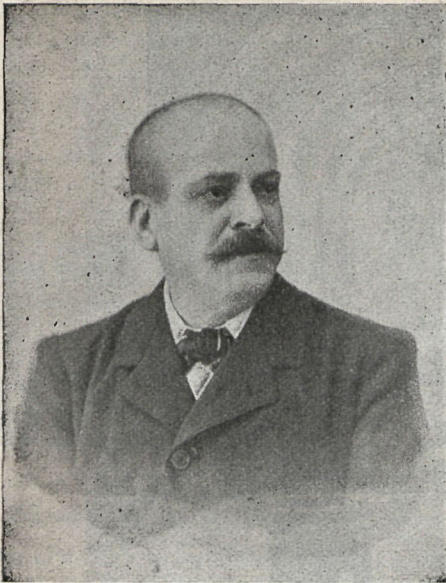
VALENCIA.—Interior de la estación del Norte



1. Interior del Café-Salón del Círculo Valenciano.—2. Tranvía del Grao á Valencia.—3. Pelea de gallos.—4. Estatua del beato Juan de Ribera (escultura de Benlliure).—5. Santa Catalina.—6. El real de la feria.—(Instantáneas de O. R.)

Instantáneas

comenzará á publicar muy en breve, y en forma encuadernable, diez y seis páginas de novela. Con tal objeto ha conseguido que el distinguido novelista y celebrado poeta andaluz D. Salvador Rueda destine á la interesante lectura que ofrecemos á nuestros favorecedores una preciosa colección de originales, últimas producciones de su brillante pluma, titulada **FLORES DEL ARRIATE** (cuentos y cuadros), por SALVADOR RUEDA, cuyos originales obran ya en nuestro poder y pronto serán ofrecidos á los lectores de INSTANTÁNEAS.



Manuel Matoses.

En aquella inolvidable comunidad de *El Globo*, donde diariamente una sección de *Dimes y diretes* que era un prodigio de donosura constante. Alguien pensó que la plaza de crítico teatral, vacante en rigor desde la muerte de Revilla, debía ser desempeñada por Matoses y éste aceptó modestamente el deber, que cumplió con notoria maestría.

Este es el Matoses, que todos conocen; pero hay otro Matoses íntimo, el Matoses *que se ha hecho á sí mismo*; no el literato, el hombre, que vale todavía más: el Matoses adolescente que salvaba la vida de un soldado el 22 de Junio.

Al primer, ¿qui no'l coneix?

Al segón, ¿qui no'l vol?—G.

Pequeñeces



En el puerto.—Burro de un trapero.

Manuel Matoses

Cuando apenas le sombreaba el bozo, redactó aquel *Gil Blas*, dirigido por Luis Ribera, donde también eran redactores Roberto Robert, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco. Allí quedó consolidada su fama con el pseudónimo de *Andrés Corzuelo*. Llamó á las puertas del teatro, que los aplausos del público le abrieron de par en par y sus obras *Sin cocinera*, *Una prueba*, *A primera sangre*, *Ni tanto, ni tan calvo*, *El núm. 107*, *Sin dolor*, *Un frac nuevo*, *Reclamaciones y bombos*, *La vida del hombre malo*, *Sarasate*, y tantas otras, le acreditaron de autor cómico.

Dos arreglos á la escena de otras tantas comedias de Shakespeare *La fierecilla domada* y *La indómita* han demostrado recientemente sus dotes de literato concienzudo y su dominio de la escena española. La novela cómica *Zaragata* y los libros *Del montón*, *Loza ordinaria*, *Danza de monos* y *Aleluyas finas*, son gratas pruebas de las inagotables dotes de su ingenio.

Arde la leña, suben enlazadas, trémulas, oscilantes llamaradas, y de la hoguera, en junto, ver solemos abajo ardientes brasas, humo arriba, y, entre el humo y las brasas, llama viva, con chispas cabalgando en sus extremos. Mas yo, pensando en tí, miro las llamas que se enroscan flexibles con las ramas y tan solo en la hoguera ven mis ojos, entre chispas y lamas escondidos, la grana de tus labios encendidos y el vivo fuego de tus labios rojos.

M. M. GUERRA Y OLIVÁN.



Preparando un buzo.

(Instantáneas de F. Nogués).